

EL NACIONALISMO RADICAL: narrativa histórica e identidad nacional en Cuba

Martín López Ávalos

Centro de Estudios Históricos
El Colegio de Michoacán , Morelia,Mx.

RESUMO

A construção do discurso nacional em Cuba tem colocado a ênfase na guerra e na insurreição como o fundamento da nação, assim como na formação da identidade nacional. O nacionalismo radical, construído por José Martí inicialmente, oferece uma guia para entender a história moderna de Cuba: os intentos de independência no século XIX e as revoluções do século XX como eslabones de uma mesma cadeia que une a identidade nacional nascida da violência revolucionária, cujo topo seria a revolução castrista em 1959.

Palavras-chave: insurrección, nacionalismo, identidades políticas, procesos políticos.

RESUMEN

La construcción de un discurso nacional en Cuba ha puesto énfasis en la guerra y la insurrección como el fundamento de la nación, así como en la formación de la identidad nacional. El nacionalismo radical, construido con José Martí inicialmente, es la guía misma para entender la historia moderna de Cuba: los intentos de independencia en el siglo XIX y las revoluciones del siglo XX como eslabones de una misma cadena que une la identidad nacional nacida de la violencia revolucionaria, cuya culminación sería la revolución castrista en 1959.

Palabras claves: insurrección, nacionalismo, identidades políticas, procesos políticos.

ABSTRACT

The construction of a national discourse in Cuba has emphasized war and insurrection as the foundation of the nation, as well as in the formation of national identity. Radical nationalism, initially built with José Martí, is the same guide to understanding the modern history of Cuba: Independence attempts in the XIX century and the revolutions of the twentieth century as links in a chain that links national identity

born of violence revolutionary, whose culmination would be Castro's revolution in 1959.

Keywords: insurrection, nationalism, identity politics, political processes.

Los hombres hacen su propia historia,
pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo
circunstancias elegidas por ellos mismos,
sino por aquellas circunstancias con las que se
encuentran directamente, que existen y
le han sido legadas del pasado.

Karl Marx, *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*.

Introducción

La historia contemporánea de Cuba está definida por un acontecimiento que terminó por construir una nueva etapa de interpretación de todo el proceso histórico de la nación. La Revolución Cubana no sólo transformó el horizonte de expectativas sociales presentes hasta entonces sino que también fue un asalto al pasado de las diversas formas de construcción de la narración nacional para explicar el presente vivido a partir del 1 de enero de 1959. Esta narrativa nacional, expresada como historiografía del nuevo periodo, ha partido de la identificación de cómo una élite política interpretó el apoyo de una parte de la población para justificar su acción colectiva, es decir, sus prácticas políticas y discursivas, frente a un dilema en dos tiempos: primero, el de la creación del Estado nacional de cara al colonialismo español en el siglo XIX y como corolario de éste, la relación de subordinación y dependencia con el imperialismo norteamericano heredada de la república liberal de los primeros cincuenta años poscoloniales; segundo, el de la Revolución, devenida como producto principal de la insurrección, entendida como dinámica que traza la continuidad entre uno y otro ciclo político de la historia cubana, tanto en el siglo XIX como en todo el ciclo republicano liberal del siglo XX. Entre ambos dilemas, que condensan dinámicas políticas y la forja de identidades nacionales, encontraremos el hilo conductor de la construcción de la identidad política moderna cubana. Destaca en este proceso

la idea del uso de la violencia política como medio para alcanzar dicho fin, primero como identidad nacional y luego como ciudadanía moderna. La violencia se encuentra articulada a partir de la apropiación de los símbolos nacionales y su instrumentación como un valor político positivo en una relación dialéctica de negación del pasado para justificar el cambio del presente de manera teleológica. Así, por ejemplo, 1952 marca el inicio de la ruptura con ese pasado poscolonial negado y no el cincuentenario de la fundación del Estado en 1902; por el contrario, 1953 está simbolizado por el centenario del natalicio de José Martí y su propia inmolación como pedagogía ritual para el ciudadano cubano del futuro, que el asalto al cuartel Moncada se encargará de celebrar como su propio rito iniciático de inmolación para dar luz al nuevo mundo por venir. La violencia se convertirá no sólo en un medio, sino también en el lenguaje de la Revolución, instrumentalizando su racionalidad en la medida que desplaza cualquier otra alternativa de narración nacional paralela que le compita en la construcción de identidades políticas y ciudadanas. Cabe subrayar, nuevamente, que a esta dinámica se le sobrepone un discurso político que aparece como historiografía nacional donde se pondera a la Revolución/insurrección como el *leitmotiv* de la historia de la nación y su construcción como proceso histórico colectivo, es decir, nacional.

Esta práctica es el resultado de la historia del nacionalismo cubano que desde el siglo XIX inició la construcción de diversos relatos para dar forma a sí mismo hasta desembocar con la experiencia castrista a mediados del siglo XX. El primer nacionalismo cubano estableció como condición de su origen el diferenciarse de España al formar el “nosotros” frente a los “otros”; corresponderá a José Martí y el Partido Revolucionario Cubano iniciar la tradición cívica de la gesta de la nación en 1895 como consecuencia del 10 de octubre de 1868, al convocar a la “guerra necesaria”. El ícono del insurrecto se establece como la primera figura concreta de pertenencia a una comunidad diferenciada, con sus rituales –los primeros ecos de celebración– centrados en la figura del propio Martí como símbolo de la nación y de la memoria de la revolución como mito de origen que transfiere esos valores a las generaciones siguientes a manera de

tradición de la pertinencia nacional, pero sobre todo del ejercicio de los derechos políticos. El arco se abre en 1868 con la primera insurrección antes de la fundación de la primera república en 1902 y abarca las diferentes etapas del periodo republicano liberal hasta llegar a 1959 con sus guerrilleros como herederos de estos valores y sus imaginarios correspondientes.

Como veremos a continuación, se trata de identificar los eslabones de una cadena donde se construye el discurso de la identidad nacional cubana, a través del relato histórico, hasta culminar con la última interpretación, que no quiere decir definitiva, que aprovecha la efeméride de 1868 un siglo después como hecho simbólico para reafirmar su identidad frente a los acontecimientos del presente vivido. En términos espaciales y temporales, sobrevolamos los antecedentes insurreccionales y republicanos del siglo XIX para aterrizar en la década de los años sesenta del siglo XX, en específico con el discurso de Fidel Castro del 10 de octubre de 1968, última parada de esta historia donde la Revolución se sobrepone a la nación misma.

La República insurreccional

La guerra de los diez años (1868-1878) se ha marcado como el primer intento insurreccional de los nacionalistas cubanos por crear a la nación por medio de la independencia respecto al poder colonial español asentado en la isla varias centurias atrás. El 10 de octubre de 1868, Carlos Manuel de Céspedes convocó a la insurrección y con ello, más allá de los mitos y construcciones historiográficas, encabezó el primer ejercicio de soberanía nacional al establecer el modelo político denominado República en Armas, cuya legitimidad estaba en el reconocimiento de que la soberanía de la nación recaía precisamente en los alzados en armas, quienes en pleno ejercicio de sus derechos, establecían libremente su propia organización de gobierno en los territorios controlados por su instrumento armado, el Ejército Libertador. Adicionalmente se le consagró con un marco jurídico (una constitución) y un cuerpo legislativo. La República en Armas no sólo fue una idea política, también fue la praxis política de la insurrección al representar la idea de soberanía mientras se

desarrollaba la guerra de liberación¹. Esta experiencia, por otro lado, no es ajena a la propia tradición gaditana del liberalismo español previa a la restauración absolutista, que terminó por cerrar cualquier posibilidad de autonomismo en suelo cubano y, con ello, alguna posibilidad negociada de variantes a la independencia política. Aunque desfasada respecto a sus contrapartes continentales, la guerra de independencia cubana comparte la misma matriz de aquellas, no así la duración ni su culminación poscolonial.

La imagen de la República en Armas como expresión de la guerra insurreccional de 1868 es tan potente que a partir de ella, se irán construyendo las representaciones de la identidad cubana como experiencia de identidad política colectiva. Intelectuales de la talla de Félix Varela, hablaron de “la sangre derramada en mil batallas” para identificar la lucha armada como sinónimo de amor por la patria. Al mismo tiempo se erigirá el primer grupo de héroes nacionales, empezando por Carlos Manuel de Céspedes como el Padre de la Patria; a su lado el cubano representativo: el campesino criollo que calza sombrero de palma (yarey). Es el Mambí. Llamado así en forma despectiva en las crónicas españolas para identificar a los insurrectos, es tomado y transfigurado su significado como el modelo del ciudadano representativo; se convierte en el punto de origen al que se acude para explicar la identidad nacional (LÓPEZ RIVERO, 2007, p. 31). La formulación de los primeros relatos patrióticos y la exaltación de los héroes asociados a este imaginario de la República en Armas y el ciudadano libre por insurrecto, se viene produciendo como efecto de la existencia de una opinión pública cubana, que se ejercita en los años previos al levantamiento de Yara en 1868, en el primer periodo insurreccional, y se consolida

¹ La historia del constitucionalismo cubano es previa a la formación del Estado mismo. Entre 1868 y 1898, vigencia de la República en Armas, se aprobaron cuatro constituciones: 1869, 1879, 1895 y 1897, hasta que la propia Asamblea de Representantes la disolvió en 1898. El centro político de la república lo constituía “un jefe único que dirigía las operaciones con plenitud de facultades... apoyado por una Comisión gubernativa de cinco miembros para auxiliar al general en jefe en la parte política, civil y demás ramas de que se ocupa un país bien reglamentado”, véase (BERNAL, 2013, p.692; ZANETTI, 2013, p. 139-146) para los procesos culturales previos a 1868 donde aparece la nación pero no el Estado como objetivo político de la sociedad.

con el mercado editorial cubano, producto de la primera diáspora del exilio, de periódicos, revistas y libros del último tercio del siglo XIX.

El mérito de introducir el relato histórico para construir a la nación es de José Martí². Es el primero en entender la necesidad política de formar una tradición cívica como exaltación nacionalista vinculada a la insurrección del 10 de octubre de 1868 y sus diez años de lucha en su primer embrión. Al declararse heredero de la revolución de Yara, como se conoce el alzamiento de Céspedes, asume la vía insurreccional como la única opción posible para destrabar el problema político fundamental de Cuba, su independencia. En 1875, a los veintidós años, inició su destacada labor de propagandista por la independencia al publicar en la revista *Universal* de México “¡Que la guerra se haga! ¡Que en el campo se luche!” como una declaración de principios. Su postura no cambiará en los siguientes años dedicados a la agitación política, incluso en la última década de su vida, la idea de usar la violencia como herramienta política continuaba siendo el único camino³. En carta dirigida a Ángel Peláez (enero de 1892), le aseguraba que: “Ya llegó Cuba, en su actual estado y problemas, al punto de entender de nuevo la incapacidad de una política conciliatoria y la necesidad de una revolución violenta” (MARTÍNEZ ESTRADA, 1966, p. 13). La instrumentalización de la violencia, sin embargo, no se reduce al objetivo básico planteado, Martí entiende que debe desencadenar, a su vez, un proceso de liberación del hombre mismo y con sus semejantes.

² La obra escrita de Martí está ampliamente difundida como obra suelta o a través de compilaciones y ediciones variopintas. Como acceder a cada una de las obras citadas en este espacio es relativamente fácil para el lector interesado, decidimos consignar la referencia particular sin ir a la fuente de compilación, con el fin de aligerar la lectura.

³ En la etapa más fructífera de su acción revolucionaria, como propagandista de la revolución, en la década de 1890, defendía el modelo insurreccional porque “La guerra vendría a ser en vez de un retardo en su civilización, un periodo nuevo de la amalgama indispensable para juntar sus factores en una república segura y útil... la guerra es un procedimiento político, y este procedimiento de la guerra es conveniente en Cuba, porque en ella se resolverá definitivamente una situación que mantiene y continuará manteniendo perturbada el temor por ella... triunfará la libertad indispensable al logro y disfrute del bienestar legítimo... (MARTÍ, Nuestras ideas, *Patria*, 14 de marzo de 1892)

En un texto aparecido en *La edad de oro* (1889), “Tres héroes” dedicado a Bolívar, San Martín e Hidalgo, escribió:

Un hombre que se conforme con obedecer leyes injustas y, permite que le pisen el país en que nació los hombres que se lo maltratan, no es un hombre honrado... Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Esos son los que se rebelan con la fuerza terrible contra los que le roban a los pueblos su libertad, que es robarle a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana.

La recuperación de la memoria de la insurrección como pedagogía cívica, a su vez base de la identidad ciudadana, es un hecho significativo pues con ella inició la construcción del primer relato nacionalista a través del recuerdo y memoria de la primera revolución cubana, como acto fundacional de la nación y articulador de la primera experiencia soberana de una sociedad política con la existencia de la República en Armas. Como parte de esta pedagogía de identidad cívica, también inaugura la celebración anual al dedicarle discursos de “recuento y promesa” cada 10 de octubre, lo mismo que la otra fecha significativa, el 27 de noviembre (fusilamiento de estudiantes de medicina), por lo menos entre 1887 y 1891 años en las que encabeza dichas ceremonias entre la comunidad cubana en Estados Unidos⁴. A través de ella, la violencia revolucionaria aparece dibujando el primer trazo de la nación imaginada. En “Vengo a darte Patria”, publicado en *Patria* el 14 de abril de 1893, Martí describía el bosquejo:

No queremos redimimos de una tiranía para entrar a otra... Amamos la libertad porque en ella vemos la verdad. Moriremos por la libertad verdadera; no por la libertad que sirve de pretexto para mantener a unos hombres en

⁴ Hecho notable, y poco estudiado, el papel de estas comunidades en el exterior que dieron forma y soporte a la primera construcción del nacionalismo en el exilio, gestado por un exiliado de toda la vida, el propio Martí. Su geografía es indicativa de la propia geopolítica de la cuenca del Caribe: al norte la Florida y Nuevo Orleans, extendiendo una ramificación a Nueva York; al sur Venezuela; al occidente, México. Este triángulo permanecerá intacto cincuenta años después, jugando un importante papel para el gran cambio de 1959.

el goce excesivo, y a otros en el dolor innecesario. Se morirá por la república después, si es preciso, como se morirá por la independencia primero⁵.

Este imaginario -y el conjunto de valores políticos, éticos y estéticos que lo sustentan-, describen en primer lugar, a su creador y artífice en su propio trayecto existencial. No será extraño que los medios utilizados para difundirlos sean la palabra hablada y escrita para describir un nuevo mundo que se abre con una decisión personal, pasar a la acción como praxis política, y al hacerlo, transmitir los valores del nacionalismo cubano a las siguientes generaciones que le darían significado: sacrificio de vidas por la patria sin importar sus secuelas. La muerte como precio a la consecuencia del ideal, pues a través del sacrificio se encuentra la redención como ejercicio liberador⁶. La acción es el *ethos* martiano que se abre para el ciudadano en ciernes (PÉREZ JR., 2013, p. 71), quien todavía no lo es del todo porque no ha cruzado el umbral que separa la justicia de la injusticia. La acción con su racionalidad política es, ante todo, violencia organizada por la insurrección; para ello, asoma una característica que diferencia a Cuba de otras experiencias latinoamericanas de independencia: aparece el partido político como el aparato que instrumentaliza y racionaliza la violencia política, en este caso el Partido Revolucionario Cubano⁷. Al hacer un recuento entre

⁵ En el mismo medio, un año antes, establecía que “Cuando los componentes de un país viven en un estado de batalla sorda, que amarga las relaciones más naturales y perturba y tiene como sin raíces la existencia, la precipitación de ese estado de guerra indeciso en la guerra decisiva es un ahorro recomendable de la fuerza pública”, citado en (MARTÍNEZ ESTRADA, 1966, p.14).

⁶ En “Nuestras ideas”, *Patria*, 14 de marzo de 1892, Martí anota esta consideración, previa toma de consciencia: “La guerra es allá, en el fondo de los corazones, allá en las horas en las que la vida pesa menos que la ignominia en que se arrastra, la forma más bella y respetable de sacrificio humano...proclaman la guerra los que son capaces del sacrificio y sólo la rehúyen los que son incapaces de él”.

⁷ El PRC fue fundado en enero de 1892, en el exilio, y tenía como objetivo según sus bases constitutivas redactadas por el propio Martí, la de “fundar un pueblo nuevo”, además de: “Que no tenía como fin precipitar la guerra, ni lanzar al país a un movimiento mal dispuesto, sino ordenar la guerra generosa y breve que asegure en la paz y el trabajo la felicidad de todos los habitantes de Cuba. Que no tiene por objeto llevar a Cuba a un grupo victorioso, sino preparar la guerra para el decoro y bien de los cubanos. Sobre el carácter del mismo, lo definía como: “Y lo primero que se ha de decir, es que los cubanos independientes y los puertorriqueños que se les

éste y sus bases de apoyo (los clubes, sobre todo los fundados en las comunidades cubanas en Estados Unidos), Martí anotaba que el Delegado (o sea él), podía sentirse satisfecho al comprobar el apoyo decidido “de los cubanos de todas partes y la disposición jurada y proclamada de sus jefes de pelear por fin, puesto que es la verdad gloriosa y confirmada de nuestra Isla nos lo pide y nos lo ordena, a pelear, abandonándolo todo...” (MARTÍNEZ ESTRADA, 1966, p. 16).

Convertido en predicador secular de la revolución necesaria, Martí se transformará, después de su muerte en 1895, en objeto de culto y punto de referencia donde se cristalizan los mejores valores de la nación cubana (GUERRA, 2012, p. 96). La importancia de la obra de Martí está en esta capacidad de construir un relato épico como historia del propio Estado nacional a partir de la experiencia insurreccional del ciudadano consciente que se decide por la acción como única praxis política; en ese sentido, su papel es la de un verdadero padre fundador pero, al mismo tiempo, deja plantada una profecía no cumplida: la de la frustración política que se cierne sobre el ejercicio de la violencia revolucionaria, por no completar el círculo donde reine el bien “por todos y para todos” de la república imaginada por el Apóstol. Eso pasó con la década insurreccional de 1868 y su claudicación con la firma de la Paz del Zanjón, la guerra chiquita y la peor de todas las frustraciones, la intervención norteamericana de 1898 a 1902, que terminó con la ilusión de la república independiente; en su lugar, apareció un Estado mediatizado por los norteamericanos con una marca visible que les daba el derecho a la intervención (plenamente ejercida entre 1906 y 1909), consignada como apéndice en la constitución de la I República y conocida como la Enmienda Platt.

El relato fundacional martiano si bien sentó las bases del nacionalismo cubano, también dejó abierta su interpretación de estar viviendo un ciclo de frustración política mientras el ejercicio

hermanan, abominarían de la palabra de partido si significase mero bando o secta, o reducto donde unos criollos se defendiesen de otros: y a la palabra partido se amparan, para decir que se unen en esfuerzo ordenado, con disciplina franca y fin común, los cubanos que han entendido ya que, para vencer a un adversario deshecho, lo único que necesitan es unirse”.

soberano básico no fuera una realidad. Las prácticas políticas cubanas surgidas en el siglo XX arrastrarán esta tensión para convertirlas en cultura política donde los imaginarios discursivos se disputarán el lugar de interpretación correcta de la historia nacional. El advenimiento de la república en 1902 dará inicio a la disputa del legado martiano en un contexto desfavorable por la intervención norteamericana y sus efectos colaboracionistas.

La República poscolonial

La historia republicana cubana está marcada por su origen de nacimiento, la intervención norteamericana en la guerra de independencia en 1898. Intervenida y tutelada por las fuerzas militares norteamericanas, la república cubana vio la luz formalmente el 20 mayo de 1902, pero su seña de nacimiento tardará varias décadas en desaparecer, aunque simbólicamente será parte del debate político, aun en la actualidad. La impronta norteamericana marca a la historia independiente de Cuba con la carga de un Estado nacional que emergía al despuntar el siglo XX, y como tal, se incorpora a los diversos imaginarios construidos para definir al nacionalismo y sus representaciones políticas. Esta será la tensión política permanente entre el discurso del poder del Estado nacional y relatos alternativos emergentes durante el periodo de las dos repúblicas liberales, la primera de 1902 y la segunda de 1933.

La primera república cubana si bien articula la celebración cívica como parte de la educación ciudadana al oficializar el calendario nacional y el culto a José Martí, sacralizado como “Apóstol” secular, también trata de sintetizar dos imaginarios contradictorios, por un lado la reafirmación nacionalista martiana y, por el otro, justificar la intervención norteamericana en la independencia cubana. Cabe señalar que una vertiente del nacionalismo, el más radical por intransigente, formula la imagen del nuevo patriota, el que se opone a la presencia norteamericana en Cuba. Frente a ellos estaban los que acuñaban la imagen de la “virtud doméstica” como fórmula para evitar la intervención. Para los primeros, Cuba no debe nada a los Estados Unidos, al contrario, los norteamericanos se han convertido en el “otro”,

el reverso del “nosotros” nacional, el que impide la realización de la revolución del 10 de octubre, imaginario que concreta la idea de soberanía e independencia bajo la mirada vigilante del Apóstol José Martí. El diagnóstico no sólo es revelador, sino espeluznante pues muestra la dependencia de un Estado que no es por completo soberano, lo único que cambia es el dominio español por el norteamericano.

Los radicales rescatan al Martí de la movilización, es decir, de la insurrección, porque ahí se encuentra la solución al nuevo dilema nacional (GUERRA, 2012, p. 111 y 117). La construcción del relato histórico del ciudadano insurrecto es el modelo de identidad que el nacionalismo radical trabaja en el nuevo campo de disputa: la esfera pública, que la primera república mediatizada pudo mantener. La diferencia con la generación anterior es que ahora se plantean diversos relatos de la nación, contruidos paralelamente y a contracorriente del que ofrece el Estado nacional vigente. Una nueva generación se construye a imagen del Martí idealizado con la ruptura de la representación de la primera república. Son los “pinos nuevos”, con una nueva fe y espíritu para completar la tarea de lograr la verdadera independencia. La nueva generación reconvierte el dilema político en dilema moral que atañe a los nuevos, es decir, a los jóvenes por no estar atados al pasado donde el proyecto nacional se frustra con un Estado que debe su existencia a la intervención norteamericana.

Al Mambí de 1868 y 1895, se le une una nueva imagen, la del activista universitario, producto de esta nueva conciencia de movilización nacionalista, cuyo punto de arranque se fija en las luchas por la reforma universitaria en 1923. El activismo universitario, por otro lado, refuerza la idea que el único método válido de praxis política es la violencia pero ahora justificada, pero sobre todo sacralizada, como acción revolucionaria. Las figuras de Julio Antonio Mella, Antonio Guiterras y Rafael Trejo, con su activismo, pero también con su muerte, son el emblema de la nueva revolución. El cambio es importante porque no se trata de volver a crear a la nación, bien que mal ya formada, la tarea es reformar los planos de construcción del Estado a partir de “la revolución para todos y por el bien de todos”, siguiendo a

Martí. Dilema político pero también de identidades del proyecto nacionalista radical que tiene su oportunidad en el desplazamiento que inicia en 1927 y culmina en 1933-34.

La llamada revolución de 1933 transcurre en los cuatro meses que van desde la rebelión de los sargentos apoyados por la organización de estudiantes universitarios, en septiembre de ese año y el fin del gobierno del profesor universitario Ramón Grau San Martín en enero de 1934; en ese espacio ocurrieron varios hechos significativos para la historia republicana cubana. Representa la liquidación de la primera república y el fin del sistema político que la sostenía desde 1902, también lo podemos apreciar como la conclusión de una crisis iniciada en 1927 (con el nacimiento del nuevo directorio estudiantil) y que puso en jaque al sistema de partidos nacidos del pacto oligárquico entre los altos oficiales del ejército libertador de 1895, que respondían a una forma de hacer política, basada en el reconocimiento de los Estados Unidos como el factor de estabilidad de la novel república, ya incapaz de seguir manteniéndola, pese a los esfuerzos de la política norteamericana, representada por su embajador en Cuba, S. Welles.

La irrupción de la vanguardia política; la formación de la Pentarquía luego de la sublevación de los sargentos, es posible gracias a la acción de un grupo de vanguardia, el Directorio Estudiantil Universitario y las organizaciones insurreccionales creadas por sus activistas, que pueden traducir las inconformidades de la tropa en demandas políticas, que terminan por desplazar a los viejos oficiales del Ejército Libertador. La insurrección fue posible porque se contó con el apoyo de una parte del Ejército.

En estas condiciones, el ascenso vertiginoso de Fulgencio Batista hasta la cúspide de la elite política se explica por la inoperancia de todas las instituciones y organizaciones sociales existentes en la Cuba de entonces; ninguna estuvo en condiciones de ser el soporte del Gobierno por la fragilidad de sus propias estructuras. Batista abrirá un nuevo ciclo, aprovechando la desbandada y luego la colaboración de las figuras más prominentes de la élite liberal y conservadora, así como la dispersión de las fuerzas emergentes una vez disuelto el gobierno de Ramón Grau

y el Directorio Estudiantil Universitario. Una nueva frustración apareció en el horizonte cuando las clases medias desplazadas por la habilidad de Batista se sintieron traicionadas en su revolución renovadora.

La experiencia de 1933-1934 sentará una nueva plataforma para la construcción política futura. La cicatriz de la deformidad de la primera república ha desaparecido, primero por la insurrección exitosa de soldados y estudiantes universitarios que sortea la mediación norteamericana, en buena medida por los nuevos aires que soplan en Estados Unidos que terminan por desligarse de la Enmienda Platt, pero sobre todo por el nuevo escenario que se abre entonces. Una nueva hegemonía que no tiene vínculos con el pasado y que se apresta a encarar la tarea inconclusa que deja la revolución frustrada. La Constitución de 1940, refinado producto político de esta experiencia, abre nuevas posibilidades que, después de un par de décadas de alternancia entre los viejos insurrectos, deja abierta la puerta para un nuevo cambio. Su motivo, el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952 por manos del general Batista, aburguesado y muy alejado del sargento insurrecto de 1933. Su causa, la recuperación del proyecto revolucionario que encuentra su repetición en una fuerza moral propia de la juventud. Su lema, “vergüenza contra dinero”. Este periodo abona con su experiencia exitosa de insurrección de grupos de vanguardia y consolida, por eso mismo, la idea que la violencia política es el camino para enmendar el camino desviado para alcanzar la realización del proyecto histórico frustrado nuevamente.

La república de la vanguardia

La primera guerrilla del castrismo es la de los símbolos de 1933 que emergen y dan sustento a la II república liberal. En sus primeros pasos como conspirador revolucionario, Fidel Castro establece la diferencia con el pasado inmediato a través de la palabra, hablada y escrita, descalificándolo. Un aspecto que nos da pistas, nuevamente, es la batalla por la opinión pública; es en el espacio público donde se configura la legitimidad primero de la ruptura y, después, de la construcción del nuevo universo político

que trae su propia liturgia y culto. Las revistas, periódicos, programas radiofónicos serán utilizados para este fin, incluso la reunión semanal de los partidarios del extinto líder opositor Eduardo Chibás frente a su tumba. El centro del debate está, nuevamente, en la necesidad del cambio violento para volver al origen de la verdadera revolución⁸, con el mito de la figura de Martí por delante. La operación se basa en la transferencia de identidades heredadas, el nuevo movimiento revolucionario es depositario de una tradición centenaria, ellos son la “juventud del centenario”, en referencia al natalicio de Martí (1853), pero también con los insurrectos mambises de 1895 para equiparar su lucha con la de aquellos. El lazo con el pasado justifica la acción por su objetivo patriótico. El asalto del Cuartel Moncada el 26 de julio de 1953, la prisión y el exilio formarán la ruta del nuevo camino de la identidad revolucionaria que culminará con el desembarco en Oriente y de ahí la lucha armada en la Sierra Maestra que culminará con un nuevo desplazamiento político el 1 de enero de 1959.

El cambio político iniciado en 1959 se define en su propio imaginario construido en la cultura política cubana en la etapa republicana. Como hemos visto, este cambio se articula en la idea de la revolución necesaria desde 1933 con la experiencia de los soldados y estudiantes insurrectos que generan un nuevo sistema, sin embargo, la premisa de la revolución necesaria se mantiene en las siguientes dos décadas para dar forma al ciclo político. Resulta interesante observar que en el nuevo contexto, la idea de la revolución como un solo proceso va madurando en diversos niveles, sobre todo en la interpretación historiográfica de la historia cubana. Tenemos que ver el entramado del origen

⁸ Enfrentados a este hecho, los jóvenes radicales aumentaron su descontento, expresado en forma elocuente: “Vámonos de aquí. Con estos políticos no se puede contar para hacer la revolución”. Al recordar esta coyuntura años más tarde, Fidel Castro (1976, p.101), afirmaría que la opción insurreccional por cuenta propia sería consecuencia de la vacilación de los partidos establecidos: ...“enfascados en todo tipo de disputas y querellas intestinas y ambiciones personales de mando, no poseían la voluntad ni la decisión necesaria para luchar ni estaban en condiciones de llevar adelante el derrocamiento de Batista [...] Fue entonces cuando, partiendo de nuestra convicción de que nada podía esperarse de los que hasta entonces tenían la obligación de dirigir al pueblo en su lucha contra la tiranía, asumimos la responsabilidad de llevar adelante la Revolución”.

del discurso historiográfico que culmina con el Discurso de Fidel Castro el 10 de octubre de 1968. Ahí se oficializa el relato histórico que da forma a una nueva identidad política que culmina con una celebración: el nacimiento de la nación cubana como producto de las luchas insurreccionales iniciadas hacia un siglo.

Si queremos rastrear la trayectoria del origen de este discurso lo podemos encontrar en dos vertientes, la primera, política, con los cambios ocurridos en Cuba entre 1959 y 1961, cuando la revolución se transforma en socialista. Existe la necesidad de reinterpretar el pasado a partir del nuevo momento. El otro, es el paradigma que los historiadores cubanos van asumiendo con el hecho político fundamental: la revolución castrista. En ambos casos veremos que existe un debate, o por lo menos socialización de ideas, que explica la transmutación del discurso político de la revolución como un acontecimiento evolutivo y que al final significa lo mismo: la revolución cubana es socialista en su último tramo de evolución, por tanto, es la que da sentido a la historia de la nación.

La idea de la revolución inconclusa aparece en *El Manifiesto del Moncada a la Nación* (ROJAS, 1979, p. 39-44). Iniciada por las fuerzas independentistas en 1868, continuaba con Martí en 1895 y actualizaba con Guiteras y Chibás en la etapa republicana. Ahí también se establece la herencia martiana al llamarse “la juventud del centenario” en alusión al natalicio de Martí: “En 1853 con el nacimiento de un hombre luz, comenzó la revolución cubana; en 1953 terminará con el nacimiento de una república de luz”. Sin embargo, a partir de enero de 1959, la comprensión del significado de “revolución” va entenderse en dos contextos ideológicos aún dentro de lo que puede identificarse por “castrismo”, o sea, el Movimiento 26 de Julio y su brazo armado, el ejército rebelde. Un intenso debate y de desencuentros entre los liberales y los marxistas abarca los primeros años para definir su carácter presente, no su origen. En ambos bandos existe la creencia del relato martiano que confiere el punto de origen a 1868 con el levantamiento de Yara a cargo de Céspedes y en los ciclos de frustración repetidos en 1902, con la primera república, y 1933-1944, con los soldados y estudiantes insurrectos y el sistema político creado por ellos que termina

con el golpe de Estado de Batista en 1952; en lo que difieren es cómo resolver las coyunturas presentes, en específico la presión norteamericana que gira de la complacencia al enfrentamiento, a partir de 1960. En 1961 se define primero la declaración socialista de la revolución en febrero, para terminar con su confirmación en Playa Girón, un par de meses después. Girón se convierte en la representación viva del socialismo cubano porque despierta el imaginario traumático de la intervención vivida por la primera república. Eso y la resistencia posterior a la crisis de los misiles (octubre de 1962), termina por confirmar la declaración personal de Fidel Castro, del 2 de febrero de 1961, donde se declara marxista-leninista “hasta el último día de mi vida”. Con este contexto, el debate entre liberales y marxistas se da por zanjado a favor de los últimos, no sólo por la declaración personal sino por la decisión de construir un nuevo sistema político acorde con esa ideología pero adecuada a la experiencia particular cubana. La unificación en una sola organización política no es el único cambio, aparecen organizaciones sociales como los Comités de Defensa de la Revolución (CDR), por mencionar una de ellas, y una nueva cultura que se transmite en los usos cotidianos como el “compañero”, en vez de cualquier título que anteceda al nombre, para mostrar la igualdad que permea en la sociedad socialista.

La base de la identidad sigue siendo la misma, la herencia de la revolución e insurrección nacional, pero su “superestructura” es ahora socialista, afianzada por el triunfo en Playa Girón. El imaginario del guerrillero insurrecto de la Sierra Maestra se unifica con el miliciano que no estuvo en la insurrección pero sí en la defensa de la nación socialista y participa de la revolución a través del CDR; es el pueblo militante –al que alude reiteradamente Fidel Castro– que se equipara con la República en Armas de Céspedes y es retomado por Martí. Se incorpora una nueva geografía simbólica en la medida que se relaciona con el relato que narra la nueva historia: empieza en el asalto al Moncada (Santiago), prosigue en la Isla de Pinos (prisión), continua en México (exilio), desembarco del Granma y supervivencia del pequeño núcleo que se instala en la Sierra Maestra (creación del guerrillero) y culmina con la defensa de Playa Girón. A la geografía se le une la corte de mártires y

héroes –sin olvidar sus antípodas los villanos que no interpretan correctamente la historia- de la revolución castrista: primero los del Moncada, después los de la Sierra Maestra, playa Girón y los internacionalistas de las guerras africanas con la figura coronada del mito más exitoso de este relato, Ernesto Guevara (el guerrillero heroico). El espacio público se adecua a una nueva nomenclatura con referencia a la revolución castrista y la herencia insurreccional acumulada. El juego de los opuestos tiene un fin pedagógico y político, a diferencia del pasado inmediato: la libertad entra a los cuarteles militares. Así, por ejemplo, el campamento militar de Columbia, en La Habana, es ahora un centro escolar, Ciudad Libertad; su equivalente en Las Villas es ahora el Centro Escolar Abel Santamaría; el Moncada es el Centro Escolar 26 de Julio. La Plaza principal de La Habana se convierte en la Plaza de la Revolución, coronado con el monumento dedicado a Martí, quien con su figura preside el nuevo altar de la nación, la tribuna donde Fidel Castro transmite el sentido de la verdadera historia.

En coincidencia con la celebración del 10 de octubre, *Casa de Las Américas* (número 50, septiembre-octubre de 1968) y *La Revista de la Universidad de La Habana* (octubre-diciembre de 1968), dedicarán sendos números a la revolución de 1868. Queda establecida la tesis de la lucha frustrada (1868-1895-1933) y su continuidad hasta 1959. Se ponderan las similitudes, la rebeldía y la insurrección, más no sus diferencias. No es extraño que para entonces, Fidel Castro pueda decir que “ellos serían como nosotros y nosotros seríamos como ellos”, pues el punto es la rebelión de que son capaces los hombres, eso los identifica y los hace parte de la misma historia.

Cabe señalar que el efecto del discurso del centenario se formula en la adecuación de la interpretación historiográfica profesional en una mesa redonda con la participación de Jorge Ibarra, Manuel Moreno Friginals y Oscar Pino Santos (1968, p. 101-115). Los tres coinciden que la nación se crea en 1868 con la guerra de los 10 años y, por lo tanto, validan la idea de un sólo proceso revolucionario que culmina en 1959; fecha fundamental, pues se puede cerrar el ciclo de formación nacional con la construcción del socialismo.

¿Qué significa para nuestro pueblo el 10 de octubre de 1868?, se preguntaba Fidel Castro un siglo después ante la concurrencia que lo escuchaba en la Velada Solemne para conmemorar la fecha. La tesis principal de toda la pieza oratoria es la interpretación del nacimiento de la nación cubana y que las diversas luchas insurreccionales son las que dan sentido a la historia cubana en su conjunto.

La primera idea es que la insurrección era necesaria y que sólo se necesita la voluntad para hacerla, que ni las condiciones ni los recursos son lo fundamental, sino la voluntad. Esa es la primera lección histórica de la revolución en Cuba. La decisión de Carlos Manuel de Céspedes es la que explica el primer eslabón de la cadena de revoluciones en Cuba. En realidad, la decisión de Céspedes es la raíz de la historia nacional cubana. Cuba nace con la insurrección de 1868.

La celebración del 10 de octubre de 1968 es un encuentro de los revolucionarios actuales con sus raíces, para celebrarlo que mejor manera que develar su proceso histórico. El conocimiento de esta interpretación del proceso histórico es, al mismo tiempo, la historia del pueblo cubano. Revolución y nación son un mismo proceso, uno no se puede entender sin el otro. Si la insurrección es el acto fundante de la nación, la revolución es el acto consciente del ciudadano. La conciencia política es la representación del “pueblo” que da fe de la existencia de la nación.

Lo que vamos a percibir es el sentido circular de la historia cubana, si por un lado se repite el hecho insurreccional como condición del nacimiento y pervivencia de la nación, por el otro, encontraremos la repetición del ciclo de dependencia al capitalismo norteamericano: “Y es preciso que lo tengamos en cuenta porque esa corriente, por una u otra causa, con uno u otro matiz, resurgía periódicamente en el proceso de la historia de Cuba”...de ahí que apoyaran el anexionismo primero, el reformismo luego, y cualquier cosa menos la idea de la independencia y de la conquista de los derechos por la vía de la lucha armada” (CASTRO, 1976, p. 66-67).

Establecido como marxista y acorde con su interpretación, Castro instaura dos elementos claves: Primero, la acción –

entendida como violencia revolucionaria- como herramienta para la adquisición del derecho, sin ella, no es posible formar los derechos de los individuos y las sociedades. Sin embargo, esto es producto de la parte más consciente de la sociedad, los individuos más ilustrados: "...que concibieron por primera vez la idea de la obtención de sus derechos por la vía revolucionaria, por la vía de las armas, en lucha abierta contra el poder colonial" (CASTRO, 1976, p. 67). Segundo, el problema de la propiedad es el componente principal para definir el factor "conciencia". Para Fidel Castro, éste se define por medio del uso de la violencia revolucionaria: "Y lo que vino a darles verdaderamente el título de revolucionarios fue su comprensión, en primer lugar, de que sólo había un lugar, de que sólo había un camino para conquistar los derechos, su decisión de adoptar ese camino, su ruptura con las tradiciones, con las ideas reaccionarias, y su decisión de abolir la esclavitud" (CASTRO, 1976, p.67).

Una vez iniciado el camino, lo único que queda era radicalizar su proceso, pues a la élite criolla, ilustrada, se le une el "pueblo", donde se radicalizan las soluciones. La primera de ellas, el rompimiento del lazo colonial, que se divide en dos, el político definido como independencia, y el económico, establecido por el derecho a la propiedad privada, primero esclavista y luego capitalista pero subordinada a la economía española y norteamericana.

El segundo producto de la radicalización está en la creación del sentido de identidad nacional; sin la insurrección, el toponímico "cubano" no hubiera aparecido. Esta imagen era la reproducción de la diferenciación del "yo nacional", esto es, los insurrectos revolucionarios son los únicos con el derecho adquirido para llamarse "cubanos": "Se discutía el derecho a la propiedad de unos hombres sobre otros. Y al abolir ese derecho, aquella revolución... llevó a cabo un acto profundamente radical en la historia de nuestro país, y a partir de ese momento, por primera vez, se empezó a crear el concepto y la conciencia de la nacionalidad, y comenzó a utilizarse por primera vez el calificativo de cubano para comprender a todos los que levantados en armas luchaban contra la colonia española" (CASTRO, 1976, p. 68). Como vemos, la nación es un principio político (ejercicio de la

libertad) frente a la acumulación de la riqueza, que de ningún modo puede considerarse como el factor fundamental de la misma. Es más, es su opuesto. La historia cubana es la dialéctica de estas fuerzas, por un lado, la identidad política y, por el otro, el debate de la propiedad.

Los vaivenes y retrocesos de este proceso se explican por la vacilación en torno al proyecto radical, anticolonialista. Si la élite criolla no fue capaz de construir a la independencia como un interés general, el “pueblo” tampoco tuvo esa capacidad de articulación. Eso fue culpa de los indecisos que no tuvieron la firmeza de oponerse a los moderados, pues el único método para alcanzar la independencia era por medio de la lucha armada. En el periodo que va de la paz del Zanjón a la fundación del Partido Revolucionario Cubano de Martí (1878-1895), lo que queda es la memoria de la revolución. Es Martí el encargado de resguardarla y darle su nuevo perfil de liberación. El recuerdo y la memoria es el aditamento para el siguiente eslabón de la cadena revolucionaria y se sintetiza con la consigna “La guerra necesaria”. Fidel Castro se sublima con su modelo: ambos son uno, pues en realidad la referencia es a su propia trayectoria conspirativa.

Con 1895 y su consecuencia 1898, el cambio en la historia cubana es el factor de dominio, trasladado de España a los Estados Unidos. Cuba se convierte en un país intervenido, no solamente en lo militar y político, también en su identidad nacional. Cuba se convierte en un apéndice norteamericano, dependiente hasta de su historia: “Es necesario que la historia se sepa, es necesario que nuestro pueblo conozca su historia, es necesario que los hechos de hoy, los méritos de hoy, los triunfos de hoy, no nos hagan caer en el injusto y criminal olvido de las raíces de nuestra historia” (CASTRO, 1976, p. 78), reclama Fidel Castro para indicar que es el recuerdo de la memoria revolucionaria lo que importa en la identidad generada por una tradición de lucha y resistencia:

Porque la revolución es el resultado de 100 años de lucha, es el resultado del desarrollo del movimiento político, de la conciencia revolucionaria, armada del más moderno pensamiento político, armada de la más moderna y científica concepción de la sociedad, de la historia y de la economía, que es el marxismo-leninismo, arma que

vino a completar el acervo, el arsenal de la experiencia revolucionaria y de la historia de nuestro país (CASTRO, 1976, p. 89).

Sin embargo, acota su adscripción al limitarla como un derecho de los militantes: “Porque cuando decimos pueblo hablamos de revolucionarios; cuando decimos pueblo dispuesto a combatir y a morir, no pensamos en los gusanos ni en los pocos pusilánimes que quedan: pensamos en los que tienen el legítimo derecho a llamarse cubanos y pueblo cubano, como tenían legítimo derecho a llamarse nuestros combatientes, nuestros mambises. Un pueblo integrado, unido, dirigido por un partido revolucionario, partido que es vanguardia militante” (CASTRO, 1976. P. 90).

Para Castro no existe incompatibilidad entre la tradición revolucionaria nacional y su vertiente internacionalista (marxista), existe una confluencia entre ambas: “Esta revolución cuenta con el privilegio de llevar con ella y contar como parte de ella al pueblo revolucionario, cuya conciencia se desarrolla y cuya unidad es indestructible. Unido el pueblo revolucionario, armado de las concepciones más revolucionarias, del patriotismo más profundo, que la conciencia y el concepto internacionalista no excluye ni mucho menos el concepto de patriotismo, patriotismo revolucionario, perfectamente conciliable con el internacionalismo revolucionario, armado con esos recursos y con esas circunstancias favorables, será invencible” (CASTRO, 1976, p. 90).

Al término, advierte que conmemoración no es fiesta placentera, es sacrificio ante el entorno hostil: “Conmemoremos este aniversario, este centenario, estos cien años, no en beatífica paz, sino en medio de la lucha, de amenazas y peligros” (CASTRO, 1976, p. 91). Porque este pueblo, igual que ha luchado cien años por su destino, es capaz de luchar otros cien años por ese mismo destino. Este pueblo lo mismo que fue capaz de inmolarsé más de una vez, será capaz de inmolarsé cuantas veces sea necesario” (CASTRO, 1976, p. 94).

Conclusión

La nación es un relato que conforma al imaginario colectivo de ciudadanía. Es un proceso común a todo estado nacional, la Cuba castrista no es la excepción. Para su construcción, la figura de José Martí es medular; se convierte en el padre fundador de la idea de nación a través de la insurrección frustrada que cruza toda la historia nacional. Este argumento será retomado e interpretado en cada ciclo político de la república, primero en 1933 que niega el pasado y validez de la primera república de 1902, y posteriormente en 1959, cuando nuevamente se reinterpreta la frustración causada por el ciclo anterior para justificar la dinámica y uso instrumental de la violencia política como tradición histórica y rasgo distintivo de la cultura política cubana. Si la guerra insurreccional es el catalizador para fundar la nación, también generó una dinámica no deseada al mitificar el uso de la violencia política en las prácticas políticas de las dos repúblicas liberales y la de la república socialista.

El discurso del 10 de octubre de 1968 establece el tiempo nacional con una insurrección fallida. La revolución establece su propia narración y se coloca en el omega de la historia patria, nacional, siendo la culminación de todo el proceso histórico, fuera de ella no existe nada. La elaboración de un discurso hegemónico borra los demás discursos alternativos pues al desaparecer el espacio público, no queda posibilidad de contrarrestarlo. Esto está emparejado con una discusión historiográfica que empieza a darse en Cuba al inicio de la década de 1960. Sin embargo, es el discurso político el que define la naturaleza de la interpretación historiográfica.

REFERENCIAS

BERNAL, Beatriz. *El origen del constitucionalismo cubano: Las constituciones de "Cuba en Armas"*. México: Instituto Iberoamericano de Derecho Constitucional e Instituto de Investigaciones Jurídicas UNAM, 2013.

CASTRO, Fidel. "En la velada conmemorativa de los cien años de lucha (10 de octubre de 1968)". In: *Discursos I*. La Habana: Editora Política, 1976.

GUERRA, Lilian. *Vision of Power in Cuba. Revolution, Redention, and Resistance, 1959-1971*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2012.

“Historiografía y revolución” (Mesa redonda). In: Ibarra, Jorge, *et. al. Casa de Las Américas*. La Habana, No. 51-52, noviembre 1968-febrero 1969.

LÓPEZ RIVERO, Sergio. *El viejo traje de la revolución. Identidad colectiva, mito y hegemonía política en Cuba*. Valencia: Publicaciones de la Universitat de Valencia, 2007.

MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel. *Martí: el héroe y su acción revolucionaria*. México: Siglo XXI Editores, 1966.

PÉREZ JR., Louis A. *The Structure of Cuban History. Meanings and Purpose of the Past*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2013.

ROJAS, Martha. *La generación del centenario en el juicio del Moncada*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1979.

ZANETTI, Oscar. *Historia mínima de Cuba*. México: El Colegio de México, 2013.